

**«Aunque nunca llueve a gusto de todos,
el CURSO comienza en OTOÑO»**

De la lluvia, de las sillas y de los niños

— Ramón Núñez Centella —

DE LA LLUVIA

La lluvia se queda en el cielo.
Proverbio finlandés.

Hay algunos ansiosos de inmortalidad que no saben ocupar una tarde de lluvia. Anónimo.

Si un partido político se atribuye el mérito de la lluvia, no debe extrañarse de que sus adversarios lo hagan culpable de la sequía. Charlotte Morrow. Escritora (1902-?)

Nadie, ni siquiera la lluvia, tiene una manos tan pequeñas. Edward Estlin Cummings. Poeta (1894-1962).

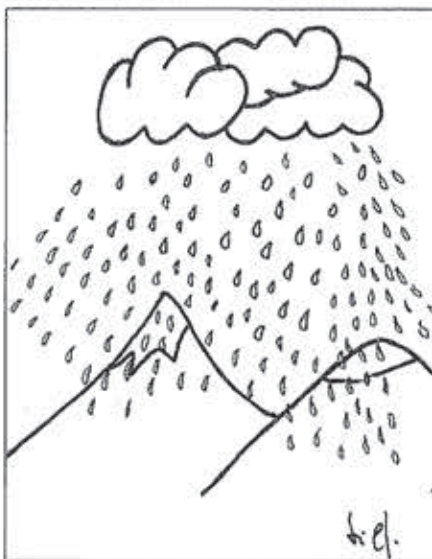
And it's a hard rain's gonna fall. (Y una fuerte lluvia va a caer). Robert Zimmerman (Bob Dylan) Cantante (1941-?)

En toda vida debe caer algo de lluvia / ha de haber días oscuros y sombríos. Henry Wadsworth Longfellow. Poeta (1807-1882)

Como grata lluvia de verano, el humor puede limpiar y refrescar de pronto a la tierra, al aire, y a ti. Langston Hughes. Poeta (1902-1976)

«Verde, que te quiero verde»

Por defecto o por exceso la lluvia es protagonista del invierno. Este año, una vez más, hemos vuelto a hablar del «cambio climático», y se mezclan ambas noticias. No sé si tendrá que ver con ello, pero existe una tendencia a dar a fenómenos meteorológicos concretos mayor trascendencia de la que tiene, e incluso se crea lenguaje, como sucede —por ejemplo— cuando el locutor deportivo del domingo pregunta pomposamente cómo está la «climatología» en Riazor, para saber si llueve o no antes del partido en La Coruña. El oír campanas sobre el efecto inverna-



dero, la desertización o el calentamiento global hace que ante una nueva sequía andaluza o inundación centro-europea, algunos piensan que esto es el tan temido cambio climático. Se buscan explicaciones contundentes a puntuales sucesos que son menos extraordinarios de lo que se cree.

Veamos. Es cierto que en el sur de España la sequía mete miedo (aunque lo más comentado haya sido la falta de nieve en Sierra Nevada, el pasado invierno) pero, con las variaciones anuales correspondientes, esas cosas pasaron siempre. De hecho, antes los libros hablaban de las «dos Españas», y éstas no eran las de Machado, sino la «húmeda» y la «seca». Para dar idea de lo merecido de ambos adjetivos basta ver el registro histórico: mientras en el norte y noroeste de la Península se superan los 200 días de lluvia al año, y en cantidad se llevan la palma los observatorios de ciudades como Vigo,

San Sebastián, Pontevedra o Santander, donde hay años que pudieron recoger agua hasta 2 metros de altura (2.000 mm anuales), en la costa mediterránea andaluza y en Canarias no se mojan ni 50 días, existiendo lugares como Fuerteventura, Hierro, Tenerife Sur o Almería que hasta no llegan a los 100 mm de precipitación (cien litros por metro cuadrado en todo un año). Así era y así es. Estas dos Españas no son producto del cambio climático. El calentamiento del planeta es una realidad, pero no apreciable «grosso modo».

También es cierto que en algunas zonas siempre hubo inundaciones. Y por ello los pueblos aprenden a prevenirlas. El invierno pasado hemos vuelto a ver en Francia, Alemania, Bélgica y, sobre todo Holanda, desbordamientos por lluvias torrenciales que obligaron a desalojar, módicamente, a cientos de miles de personas. Es la lluvia desmedida, como la de las gotas frías que de vez en cuando llevan barro y muerte a pueblos del levante español. La lluvia está mal repartida. Nunca llueve a gusto de todos. Aquí, chove miudiño. ¡Si los turistas supieran lo que nos cuenta tenerlo todo tan verde!

DE SILLAS

La burguesía no es una clase. (...) El burgués es el hombre que puede ya sentarse a descansar. Una silla no es una clase. Victor Hugo. Novelista (1802-1885).

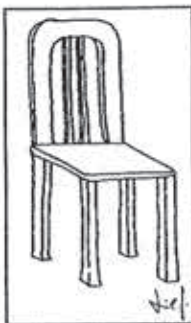
¿Está la silla vacía? ¿Tiembla la espada? ¿Ha muerto el Rey? ¿Está huérfano el imperio?. William Shakespeare. Dramaturgo. (1546-1616)

En mi casa tenía tres sillas: una para la soledad, dos para la amistad, tres para la sociedad. Henry David Thoreau. Ensayista. (1817-1862)

No importa tanto qué hay sobre la mesa como quién hay sobre las sillas. William S. Gilbert. Humorista. (1836-1911)

Nos veremos, pero la echaremos de menos. Habrá una silla vacía. Henry Stevenson Washburn. Escritor (1813-1903)

Coloca tu silla al borde del precipicio y te contaré una historia. Francis Scott Fitzgerald. Novelista (1898-1940)



«El que fue a Sevilla....»

... perdió su silla. Aún recuerdo la rabia que daba aquello de que le cogieran a uno el sitio de una clase para otra, o tener que cambiarse en el cine cuando en el descanso había salido sin garantizar la reserva del asiento con una prenda. Quizás fuese sin motivo, pero siempre quedaba el sentimiento de que el nuevo inquilino del puesto era un usurpador, aunque pronunciase mil veces aquel ripio-jaculatorio intentando legalizar la felonía. Y es que la silla tiene algo que le ha hecho merecedora de propiedad exclusiva, quizás por ser confidente de partes tan privadas.

La silla era instrumento singular en la antigua Roma donde, como se sabe, comían y hacían muchos trabajos recostados, y entonces lo normal era no usarlas o, como mucho, utilizar bancos y taburetes sin respaldo. Estas banquetas, muchas veces plegables, eran personales, y los romanos de pro las solían llevar consigo cuando salían a la calle, por si surgía la necesidad de sentarse; en algunos casos eran muy lujosas, como es el de Julio César, que dicen que la tenía de oro (supongo que sería dorada). Sea como fuere, está claro que el autor de la Guerra de las Galias podía haber ido a Hispalia todo lo que quisiera, puesto que tenía silla propia. Las únicas sillas que se podían perder en los tiempos del imperio romano eran las de verdad: el sillón o «thronus», que tenía brazos y estaba reservado a la divinidad (es de suponer que los dioses romanos habrán ido a Sevilla hace siglos), y la que hoy llamaríamos silla vulgaris, y que ellos conocían como «cathedra», que normalmente sólo usaban los maestros en la escuela o los sacerdotes en el templo. Eso de que las cátedras puedan quedar vacantes tiene su razón de ser en la naturaleza perecedera de maestros y sacerdotes, o en la contingencia de sus saberes, más que en viajes a ninguna parte.

De todas las sillas las más famosas es la poltrona, cuyo nombre proviene del latín «pollice truncus», o pulgar cortado, lo que alude a lo que hacían algunos mozos al mutilarse de los dedos para librarse de la mili, ya que al faltarles una falange se les daba por inútiles, pues manejaban con dificultad la lanza y otras armas. En un principio la poltronería se refería únicamente a ellos, pero luego se extendió el uso de la palabra para llamar poltrones a los flojos y holgazanes, «poco amigos del esfuerzo, trabajo y vida activa», y de ahí que se llame silla poltrona aquella que sirve para estar con mucha comodidad.

Feria de abril. Cambiaría poltrona por silla de montar. ¿Profe, verdad que son puestos hijos?.



DE NIÑOS

Los niños adivinan qué personas los quieren; es un don natural que con el tiempo se pierde. Robert Kock. Bacteriólogo. (1834-1910)

La madurez del hombre consiste en volver a encontrar la seriedad que tenía cuando jugaba de niño. Friedrich Nietzsche. Filósofo. (1844-1900)

El niño es realista; el joven, idealista; el hombre, escéptico, y el anciano, místico. Johann W. Goethe. Escritor. (1749-1832)

Los niños comienzan por querer a sus padres. Al cabo de un tiempo, los juzgan. Raramente, si acaso, les perdonan. Oscar Wilde. Escritor (1854-1900)

La única educación posible se ésta: estar lo bastante seguro de una cosa para atreverse a decírsela a un niño. G.K. Chesterton. Novelista. (1874-1936)

Por muy adorable que fuera, jamás ha existido un niño que su madre no hubiera deseado verlo dormido. Ralph Waldo Emerson. Ensayista. (1803-1882)

«Los hijos de los hombres»

Mientras escribo estas líneas -también cuando se leen- continúan naciendo en el mundo unos cuatro niños cada segundo. Aunque aquí, españolitos, los guarde Dios, no sean tantos. Se deciden por Filipinas y Bangladesh, Nicaragua y Guatemala; vienen a Haití, a Burkina Faso, Uganda, Zaire, Nepal, Sierra Leona, Etiopía, Somalia, Mali, Burundi, Malawi, Benin, Chad y tantos otros países que casi no sabemos situar en el mapa. Sobre todo, proporcionalmente, nacen en África. La mitad de la población africana tiene menos de quince años. Los guarde Dios.

De todos los niños que están naciendo ahora, los que gozan de mayores posibilidades de tener una larga vida son los japoneses, que casi llegarán a los 79 años, y después los nacidos en Islandia, Suecia y Suiza. Sin embargo, los de Sierra Leona, Gambia, Afganistán y Guinea Bissau no pasarán por término medio de los 42 años. Mientras a cada niño de los Estados Unidos o Suiza le toca al nacer una renta de más de 5.000 pesetas diarias, los de Zaire, Etiopía o Sierra Leona se han de conformar con vivir con menos de 40 ptas. al día. Aunque cada niño que nace en Norteamérica, Francia, Noruega o Australia espere recibir educación durante unos 12 años por término medio, los de Nigeria y Burkina Faso no estarán en la escuela ni un mes en toda su vida.

Todos ellos pertenecen a la especie Homo sapiens. Son los hijos de los hombres. Nacen con diferente color de piel, de ojos, de pelo. Nacen varones y hembras. Las declaraciones de derechos dicen que, sin embargo, nacen iguales. Luego, aprenden, inventan y viven unas cuantas diferencias más: de lengua, de religión, opinión, alimentación, asistencia sanitaria o educación. Pero las declaraciones siguen diciendo que tienen los mismos derechos: a la vida, la salud, la educación, la propiedad, la cultura, o a unas cuantas libertades. La especie humana, desde hace unos pocos miles de años, ha ido descubriendo procedimientos para alargar su vida, para evitar que mueran los niños y para transmitirse los conocimientos entre individuos y entre generaciones. Aunque no ha sido capaz de aplicar un método para evitar que las diferencias entre los niños que nacen en dos lugares de la Tierra sean mayores cada siglo que pasa. Dicen que el niño es la permanencia de la humanidad. Quizás, entonces, las diferencias entre los niños significan la permanencia de las diferencias. Pero lo terrible es que ya son diferencias, y debido a ellas, muchos niños no pasarán de niños.